

roger zelazny

El señor de los sueños



Charles Render es el «señor de los sueños», un Modelador, es decir uno de los doscientos analistas especiales cuyas propias características psíquicas le permiten penetrar en los patrones neuróticos sin sacar más que una recompensa estética de la mimesis de la aberración: un Sombrero Cuero.

Él mismo había aceptado que le inyectaran novocaína en las zonas más dolorosas de su espíritu, había sido analizado y considerado una persona de voluntad férrea. Pero el Modelador no está exento de riesgos, y su aventura más peligrosa comienza cuando ha de ayudar a una psiquiatra ciega a aprender los secretos de su «arte».

La versión corta de esta obra (El que da forma) recibió el premio Nebula de 1965.

## Capítulo I

Tan hermoso como era, con sangre y todo, Render pudo sentir que estaba a punto de acabar.

Por lo tanto, sería mejor que cada microsegundo pasara como un minuto, pensó; y quizá debería aumentar la temperatura... En alguna parte, justo en la periferia de todo, la oscuridad plantaba su cerco.

Algo parecido al crescendo de truenos subconscientes fue apresado en una furiosa nota. La nota era un destilado de vergüenza, dolor y miedo.

El Foro era sofocante.

César se encogió fuera del frenético círculo. Se cubrió los ojos con el antebrazo, pero no consiguió detener la visión, no esta vez.

Los senadores no tenían rostros y sus vestiduras estaban salpicadas de sangre. Sus voces semejaban gritos de pájaros. Con furor inhumano, hundían las dagas en la figura caída.

Esto es, todos menos Render.

El charco de sangre en el que se hallaba de pie seguía creciendo. Su brazo parecía alzarse y caer con regularidad mecánica, y su garganta también podría haber estado emitiendo gritos de pájaros, pero, de forma simultánea, formaba parte de la escena y se hallaba al margen de ella.

Pues él era Render, un Modelador.

Agazapado, angustiado y envidioso, César gemía sus protestas.

—¡Le habéis matado! ¡Habéis asesinado a Marco Antonio... un hombre inocente, inofensivo!

Render se volvió hacia él; el puñal que sostenía en la mano era enorme y se veía todo cubierto de sangre.

—Sí —dijo.

La hoja se movía de un lado a otro; César, fascinado por el afilado acero, osciló al mismo ritmo.

—¿Porqué? —gritó—. ¿Porqué?

—Porque él era un romano mucho más noble que tú —respondió Render.

—¡Mientes! ¡No es cierto!

Render se encogió de hombros y volvió al apuñalamiento.

—No es verdad —gritó César—. ¡No lo es!

Render se volvió de nuevo hacia él y blandió el puñal. Como un muñeco, César imitó el movimiento pendular de la hoja.

—¿Que no es cierto? —Render sonrió—. ¿Y quién eres tú para discutir un asesinato como éste? ¡No eres nadie! ¡Denigras la dignidad de esta ocasión! ¡Márchate!

Espasmódicamente, el hombre de cara rosada se puso de pie, y su cabello, medio crespo, medio aplastado por el sudor, pareció un remolino de algodón. Dio media vuelta y se apartó; mientras caminaba, miró por encima del hombro.

Se había alejado bastante del círculo de asesinos, pero la escena no empequeñeció. Conservó una cualidad eléctrica. Le hizo sentirse todavía más desconectado, más solo y distanciado.

Render giró por una esquina que no existía hasta entonces y se plantó ante él con el aspecto de un mendigo ciego. César le cogió de la parte frontal de la túnica.

—¿Tienes hoy un mal presagio para mí?

—¡Guárdate! —se burló Render.

—¡Sí! ¡Sí! —gritó César—. ¡Guárdate! ¡Eso está bien! ¿Guardarme de qué?

—De los idus...

—¿Sí? ¿Los idus...?

—... de octubre. Le soltó.

—¿Qué dices? ¿Qué es octubre?

—Un mes.

—¡Mientes! ¡No hay ningún mes de octubre!

—Y ésta es la fecha que el noble César ha de temer... el tiempo inexistente, la ocasión no registrada en ningún calendario.

Render desapareció alrededor de otra esquina que surgió de repente.

—¡Espera! ¡Vuelve!

Render se rio y el Foro rio con él. Los gritos de pájaros se convirtieron en un coro de burlas inhumanas.

—¡Os escarnecéis de mí! —lloró César.

El Foro era un horno y el sudor se formó como una mascarilla de cristal sobre la frente estrecha, la afilada nariz y la mandíbula sin mentón de César.

—¡Yo también quiero ser asesinado! —sollozó—. ¡No es justo!

Render hizo pedazos el Foro, los senadores y el cadáver sonriente de Antonio y los metió en un saco negro —con el movimiento imperceptible de un solo dedo—, y el último en desaparecer fue César.

Sin mirar ninguno en realidad, Charles Render estaba sentado ante los noventa botones blancos y los dos rojos. Su brazo derecho se movía en su silencioso cabestrillo sobre la superficie de la consola que había a la altura de su regazo... oprimiendo algunos, saltándose otros, avanzando, retrocediendo para presionar el siguiente en el orden de la Serie de Llamada.

Sensaciones estranguladas, emociones reducidas a la nada. El Senador Erickson conoció el olvido del útero.

Se oyó un ruido leve.

La mano de Render se había deslizado hasta el extremo de la última hilera de botones. Para pulsar el botón rojo se

requería un acto de intención consciente... voluntad, si se prefiere.

Liberó su brazo y se quitó la corona de conductores como cabellos de Medusa y circuito microminiaturizado. Salió de detrás de su escritorio-sofá y alzó la capucha. Se dirigió hacia la ventana y la hizo transparente, al tiempo que sacaba un cigarrillo.

*Un minuto en el ro-útero, decidió. No más. Es crucial... Espero que no nieve hasta más tarde... esas nubes no tienen buen aspecto...*

Vio suaves enrejados amarillos y altas torres, cristalinas y grises, ardiendo sin llamas hacia el anochecer bajo un cielo color pizarra; la ciudad era un conjunto de cuadradas islas volcánicas que brillaban a la última luz del día, retumbando desde las profundidades de la tierra; eran unos caudalosos e incesantes ríos de tráfico.

Se retiró de la ventana y se acercó al gran huevo liso y resplandeciente que había junto a su escritorio. Reflejó una imagen que borró todo rastro aguileño de su nariz, hizo que sus ojos fueran platos grises y transformó su cabello en una línea de horizonte vetada de luz. Su corbata roja se convirtió en la gran lengua de un demonio.

Sonrió y alargó el brazo por encima del escritorio. Pulsó el segundo botón rojo.

Con un susurro, el huevo perdió su deslumbrante opacidad y alrededor de su centro apareció una hendidura horizontal. A través de la cáscara ahora transparente, Render pudo ver la mueca de Erickson, que apretaba los ojos, luchando contra la vuelta a la consciencia y lo que ésta contendría. La mitad superior del huevo se alzó vertical con respecto a su base, exponiendo el duro y rosado cuerpo en la otra mitad. Cuando abrió los ojos, no miró a Render. Se puso de pie y empezó a vestirse. Render empleó ese tiempo en comprobar el ro-útero.

Volvió a inclinarse sobre el escritorio y presionó los botones: *verificar* control de temperatura en todo su espectro;

*verificar* sonidos exóticos —se llevó los auriculares a los oídos— en las campanas, zumbidos, notas de violín, en chillidos y gemidos, en ruidos de tráfico y el sonido del oleaje; *verificar* en el circuito de realimentación... reteniendo la voz propia del paciente, registrada previamente en análisis; *verificar* la manta de sonido, el pulverizador de humedad, los bancos de olores; *verificar* el agitador del sofá y las luces coloreadas, los estimulantes del gusto...

Render cerró el huevo y lo desconectó. Empujó la unidad al armario y con la palma de la mano cerró la puerta. Las cintas habían registrado una secuencia válida.

—Siéntese —le indicó a Erickson. El hombre obedeció, jugueteando con el cuello de su camisa—. Tiene usted un recuerdo completo de todo continuó, —de modo que no es necesario que resuma lo que sucedió. No puede ocultarme nada. Yo estaba allí—. Erickson asintió. —El significado del episodio debería ser claro para usted.

Erickson volvió a asentir, encontrando por fin la voz para hablar.

—Pero ¿fue válido? —preguntó—. Quiero decir que usted construyó el sueño y lo controló todo el tiempo. En realidad, yo no lo *soñé*... como normalmente se sueña. Su capacidad para hacer que las cosas ocurran lo dispone todo para que concuerde con lo que vaya a decir... ¿verdad?

Render negó despacio con la cabeza, sacudió la ceniza en el hemisferio sur de su globo terráqueo convertido en cenicero y miró a Erickson a los ojos.

—Es cierto que yo proporcioné el formato y modifiqué las formas. Sin embargo, usted los llenó con significado emocional, elevándolos al rango de símbolos acordes con su problema. Si el sueño no fuera una analogía válida, no habría provocado las reacciones que provocó. Habría carecido de los patrones de ansiedad que registraron las cintas. Ya lleva muchos meses analizándose —prosiguió—, y por lo que hasta ahora he podido averiguar, estoy convencido de que sus temores a ser asesinado carecen de base real.

Erickson le miró con ojos centelleantes.

—Entonces, ¿por qué demonios los tengo?

—Porque le agradaría mucho ser asesinado —repuso Render. En ese momento, Erickson sonrió, recuperando su compostura.

—Le aseguro, doctor, que jamás he considerado el suicidio ni he perdido el deseo de vivir. Sacó un cigarro y lo encendió. Su mano tembló.

—Cuando vino a verme este verano —dijo Render—, me comentó que temía un atentado contra su vida. Fue bastante impreciso respecto a las razones que podría tener alguien para matarle...

—¡Mi posición! ¡Uno no puede ser senador tanto tiempo como lo he sido yo sin crearse enemigos!

—Sin embargo —replicó Render—, da la impresión de que usted lo ha conseguido. Cuando me permitió discutirlo con sus detectives, me informaron que no habían sido capaces de descubrir nada que indicara que sus temores tuvieran un fundamento real. Nada.

—No han indagado lo suficiente... o en los lugares adecuados. Ya encontrarán algo.

—Me temo que no.

—¿Porqué?

—Porque, repito, sus miedos carecen por completo de base objetiva. Sea sincero conmigo.

¿Posee alguna información que indique que alguien le odia tanto como para querer matarle?

—Recibo muchas cartas amenazadoras...

—Como todos los senadores... y todas las que le enviaron el año pasado han sido investigadas y se ha descubierto que eran obra de chiflados. ¿Puede ofrecerme una sola prueba que justifique sus afirmaciones?

Erickson estudió la punta de su cigarro.

—Vine a verle porque me lo recomendó un colega —dijo—, para que hurgara en mi mente y descubriera algo con lo que mis detectives pudieran trabajar. Quizá alguien a

quien yo haya perjudicado seriamente... o alguna ley impopular con la que haya tenido que ver...

—... Y no descubrí nada —cortó Render—, nada, excepto la causa de su insatisfacción. Ahora, naturalmente, usted teme oírlo e intenta distraerme con el fin de que no exponga mi diagnóstico...

—¡No es cierto!

—Entonces, escuche. Si lo desea, después puede hacer comentarios, pero lleva meses perdiendo el tiempo aquí sin querer aceptar lo que le he expuesto en una docena de maneras diferentes. Ahora voy a decirle claramente lo que es, y luego haga lo que quiera al respecto.

—Bien.

—En primer lugar —comenzó—, le gustaría mucho tener uno o varios enemigos...

—¡Ridículo!

—... Porque es la única alternativa a tener amigos...

—¡Tengo montones de amigos!

—... Porque nadie desea ser ignorado por completo, ser un objeto por el que nadie siente algo intenso. El odio y el amor son las formas definitivas de la relación humana. Al carecer de una de ellas, e incapaz de conseguirla, buscó la otra. La deseaba de tal modo que logró convencerse de que existía. Pero estas cosas siempre tienen un precio psíquico. El responder a una auténtica necesidad emocional con una serie de deseos-sustitutos no produce verdadera satisfacción, sino ansiedad, inquietud... ya que en estas cuestiones la psique debe ser un sistema abierto. Usted no buscó la estima humana fuera de sí mismo. Se mantuvo encerrado. Creó lo que necesitaba del material de su propio ser. Usted es un hombre con una gran necesidad de mantener relaciones fuertes con otras personas.

—¡Basura!

—Acéptelo o déjelo —dijo Render—. Le sugiero que lo acepte.

—He estado pagándole durante medio año para que ayude a descubrir quién quiere matarme. Y ahora se sienta ahí y me dice que me inventé todo el asunto con el fin de satisfacer un deseo de que alguien me odie.

—Que le odie o que le ame. Es correcto.

—¡Es absurdo! Veo a tanta gente que debo llevar un magnetófono de bolsillo y una cámara minúscula en la solapa para poder recordarlos a todos...

—Ver a mucha gente no tiene nada que ver con lo que yo estaba hablando. Dígame, ¿la secuencia de sueño *significó* mucho para usted?

Erickson guardó silencio durante varios tictacs del enorme reloj de pared.

—Sí —concedió finalmente—. Pero su interpretación sigue siendo absurda. No obstante, sólo por continuar la discusión, y admitiendo que lo que usted afirma es correcto... ¿qué debería hacer para romper esta traba?

—Volver a canalizar las energías que provocaron el problema. Vea a algunas personas siendo usted mismo, Joe Erickson, y no el senador Erickson. Piense en algo que pueda hacer con otras personas —nada que ver con la política, quizá algo competitivo— y gánese algunos amigos o enemigos de verdad, a ser preferible lo primero. Le he animado a ello todo el tiempo.

—Entonces, contésteme a otra pregunta.

—Con mucho gusto.

—Suponiendo que usted *tuviera* razón, ¿cómo es que no soy amado ni odiado y nunca lo he sido? Tengo un cargo de responsabilidad en el poder legislativo. No paro de conocer gente. ¿Por qué soy una... cosa tan neutral?

Muy familiarizado ya con la carreta de Erickson, Rendar tuvo que dejar a un lado su verdadera opinión al respecto porque carecía de valor operacional. Deseó mencionarle las observaciones de Dante sobre aquellas almas a las que se les niega el cielo por falta de virtud y también el infierno por carecer de vicios importantes; en resumen, los que

guían sus naves según los vientos de las épocas, que no tienen rumbo, a las que en realidad no les importa hacia qué puertos son empujadas. Ésa era la larga e insípida carrera de lealtades variables y cambios políticos de Erickson.

—Hoy en día, cada vez son más las personas que se encuentran en tales circunstancias —repuso—. En gran parte, se debe a la creciente complejidad de la sociedad y a la despersonalización del individuo en una unidad sociométrica. Como resultado, incluso el acto de pensar con pasión en otras personas se ha convertido en algo más forzado. Somos tantos hoy en día...

Erickson asintió y Render sonrió para sus adentros.

En ocasiones hay que emplear la línea brusca y, luego, la charla...

—Tengo la sensación de que quizá esté en lo cierto —comentó Erickson—. A veces me *siento* como lo que acaba de describir: una unidad, algo despersonalizado...

Render miró el reloj.

—Lo que elija hacer al respecto a partir de ahora es, desde luego, una decisión propia. Creo que perdería su tiempo si continúa el análisis. Los dos ya somos conscientes de la causa de su insatisfacción. No puedo cogerle de la mano y mostrarle cómo ha de conducir su vida. Puedo orientarle, compadecerle... pero basta de sondeos mentales. Pida una cita tan pronto como sienta la necesidad de discutir sobre sus actividades y relacionarlas con mi diagnóstico.

—Lo haré —asintió Erickson—. ¡Maldito sueño! Aún lo tengo grabado en la mente. Usted es capaz de hacer que sean tan vívidos como la realidad... más vívidos... Pasará mucho tiempo antes de que consiga olvidarlo.

—Así lo espero.

—Bien, doctor. —Se levantó y extendió la mano—. Con toda probabilidad, volveré en un par de semanas. Me esforzaré en llevar la vida social que me ha recomendado. —Sonrió ante la idea que, normalmente, habría tomado con

gesto hosco—. De hecho, empezaré ahora. ¿Puedo invitarle a tomar una copa abajo?

Render estrechó la palma húmeda que parecía tan agotada por la actuación como el actor principal de una obra con demasiado éxito. Casi se sintió triste al decir:

—Gracias, pero tengo una cita.

Le ayudó a ponerse el abrigo, le pasó el sombrero y le acompañó hasta la puerta.

—En fin, buenas noches.

—Buenas noches.

Cuando la puerta se cerró en silencio a su espalda, Render atravesó de nuevo la oscura alfombra hasta llegar a su fortaleza de caoba y tiró el cigarrillo en el hemisferio sur. Se reclinó en el sillón con las manos detrás de la cabeza y los ojos cerrados.

—Claro que era más real que la vida —informó a nadie en particular—; yo le di forma. Sonriendo, repasó la secuencia del sueño paso a paso, deseando que algunos de sus antiguos profesores pudieran haberlo presenciado. Bien construido y enérgicamente ejecutado, con una precisión apropiada para el caso que le ocupaba. Pues él era Render, el Modelador —uno de los doscientos analistas especiales cuyas propias características psíquicas le permitían penetrar en los patrones neuróticos sin sacar más que una recompensa estética de la mimesis de la aberración—, un Sombrero Cuerdo.

Render hurgó en sus recuerdos. Él mismo había sido analizado, analizado y considerado como una persona de voluntad férrea y ultraestable: fuerte como para soportar la mirada de basilisco de una fijación, para caminar ileso entre las quimeras de la perversión, para obligar a la oscura Madre Medusa a cerrar los ojos ante el caduceo de su arte. Su propio análisis no había resultado difícil. Nueve años atrás (parecían muchos más) había aceptado que le inyectaran

novocaína en la zona más dolorosa de su espíritu. Fue después del accidente de coche, después de la muerte de Ruth y de Miranda, su hija, cuando había empezado a sentirse distanciado. Quizá no deseaba recuperar ciertas empastas; tal vez su propio mundo ahora se erigía sobre cierta rigidez de sentimiento. Si era verdad, conocía lo suficiente el comportamiento de la mente como para darse cuenta de ello, y quizá había llegado a la conclusión de que un mundo así tenía sus compensaciones.

Su hijo Peter tenía ya diez años. Estudiaba en una escuela de prestigio y escribía a su padre una carta por semana. Éstas iban haciéndose cada vez más cultas, y daban muestras de una precocidad que Render no podía sino aprobar. En el verano se llevaría al muchacho a Europa.

En cuanto a Jill. —Jill DeVille (¡qué nombre tan voluptuoso y ridículo... la amaba por él!)—, como mínimo, cada vez le parecía más interesante. (Se preguntó si se da un indicio del comienzo de la edad madura). Le atraía mucho su nada musical voz nasal, su repentino interés por la arquitectura, su preocupación por el lunar que no se podía quitar y que lucía en el lado derecho de su, por otro lado, bien diseñada nariz. Debería llamarla en el acto y salir con ella en busca de un restaurante nuevo. Pero, por alguna razón, no le apetecía.

Hacía ya varias semanas que no visitaba su club, el *Partridge & Scalpel* y sintió un gran deseo de comer ante una mesa de roble, solo, en el comedor de varios niveles y tres chimeneas, bajo las antorchas artificiales y las cabezas de jabalí parecidas a anuncios de ginebra. De modo que introdujo la tarjeta perforada del club en la ranura telefónica que había sobre su escritorio y sonaron dos zumbidos detrás de la pantalla de voz.

—Hola, *Partridge & Scalpel* —dijo la voz—. ¿En qué puedo servirle?

—Soy Charles Render —anunció—. Quería una mesa para dentro de una media hora.

—¿Cuántos serán?

—Sólo yo.

—Muy bien, señor. Para dentro de media hora. ¿Me ha dicho «Render»? ¿R-e-n-d-e-r?

—Exacto.

—Gracias.

Cortó la comunicación y se levantó. En el exterior, el día había desaparecido.

Ahora, los monolitos y las torres emitían su propia luz. Una nieve suave, como azúcar, caía por entre las sombras y se transformaba en gotas sobre los cristales de la ventana.

Se puso el abrigo, apagó las luces y cerró la oficina interior. Había una nota en el cuaderno de la señora Hedges.

*Llamó la señorita DeVille, decía.*

Arrugó el papel y lo tiró al vertedero de basura. La llamaría al día siguiente y le diría que había estado trabajando hasta tarde en su conferencia.

Apagó la última luz, se puso el sombrero y atravesó la puerta exterior, cerrándola tras él. El ascensor le llevó hasta el tercer sótano, donde tenía aparcado el coche.

Hacía frío allí y sus pisadas sonaron con fuerza en el suelo de cemento al caminar entre los vehículos aparcados. Bajo el resplandor de las luces desnudas, su Spinner S-7 era un bruñido capullo gris del cual parecía que en cualquier momento surgirían unas alas turbulentas. La doble hilera de antenas que se inclinaban hacia adelante desde la pendiente de su capó potenciaba esa sensación. Colocó el pulgar ante la placa lectora y abrió la puerta.

Tocó el contacto y se escuchó el sonido de una sola abeja despertando en una gran colmena. Cuando alzó el volante y lo fijó en su lugar, la puerta giró en silencio y se cerró. Subió por la rampa en espiral y llegó hasta una parada rodante delante de la gran plataforma.

Cuando la puerta se alzó, encendió la pantalla de destino y pulsó el botón que cambiaba el mapa de emisión. De izquierda a derecha, de arriba abajo, sección por sec-

ción, lo recorrió hasta localizar la zona de Carnegie Avenue que quería. Tecleó las coordenadas y bajó el volante. El coche pasó al monitor y salió hacia la vía lateral de la autopista. Render encendió un cigarrillo.

Reclinando el asiento hacia el espacio central, dio transparencia a todas las ventanillas. Era agradable tumbarse y contemplar los coches que le pasaban como enjambres de luciérnagas. Se echó el sombrero hacia atrás y alzó la vista.

Podía recordar una época en la que amaba la nieve, cuando le recordaba novelas de Thomas Mann y música de compositores escandinavos. Sin embargo, en su mente ahora había otro elemento del que la nieve ya jamás podría estar disociada. Podía visualizar con tanta claridad los remolinos de frialdad blanco lechosa que rodearon su auto de conducción manual, fluyendo hacia su interior carbonizado hasta blanquear lo que había quedado ennegrecido; con tanta claridad como si hubiera caminado hacia ello sobre el fondo gredoso de un lago: el coche hundido y él, su conductor, incapaz de abrir la boca por miedo a ahogarse; y siempre que veía caer la nieve sabía que en alguna parte las calaveras se estaban blanqueando. Pero los nueve años transcurridos habían desterrado gran parte del dolor, y también supo que la noche era hermosa.

Fue despedido a través de las anchas, anchas calles y atravesó altos puentes, sus superficies pulidas y resplandecientes bajo las luces del coche; serpenteó por entre frenéticos cruces de tréboles y fue lanzado hacia un túnel cuyas paredes de brillo apagado pasaron a su lado como espejismos. Finalmente, dio opacidad a los cristales y cerró los ojos.

No pudo recordar si había dormitado un momento o no, lo cual, probablemente, indicaba que sí. Sintió que el coche aminoraba la velocidad; enderezó el asiento y volvió a darle transparencia a las ventanillas. Casi al mismo tiempo sonó el timbre de parada. Alzó el volante y entró en la cúpula de aparcamiento, salió a la rampa y dejó el coche en